

que tenía ocupados; en una palabra, se allanó á todo, pero no le valió, porque aunque Omar hubiese querido tomar por lo serio el pacto propuesto, y que por lo pronto aceptó, habría impedido su cumplimiento la marcha irresistible de la descomposición progresiva del imperio mahometano español, cuya situación era la siguiente:

En el Norte, á fines del año 276 (889), estaba el Aragón dividido entre los benu-kasi y los tudschibidas, que se lo disputaban con las armas. Los últimos poseían la parte limítrofe de Castilla la Nueva, á saber, el país de Guadalajara; pero unos y otros eran de hecho independientes del emir en sus respectivos territorios, como lo eran también la república de Toledo, los berberiscos en Extremadura y el Alentejo é Ibn Merwan en Badajoz. Sevilla pertenecía á los yemenitas, y éstos separaban por lo mismo á Córdoba del Sudoeste, lo que facilitó la formación de pequeños Estados por familias españolas de renegados en las provincias de Beja, Yelves (Algarbe) (1) y Niebla (*Lebla*). Estos príncipes no tomaron parte en la lucha contra el emir, pero estaban fuera de su alcance y emancipados á su autoridad. Separados del territorio de los yemenitas de Sevilla por algunos pequeños señoríos árabes y españoles, estaban los dominios de Omar Ibn Hafson; y confinaban con ellos al Norte y Este en los territorios de Córdoba, Elvira y Jaen hasta Murcia un gran número de jefes renegados. Murcia estaba por lo demás, desde antiguo, casi exclusivamente en poder de familias españolas. De Valencia nada dicen los cronistas, pudiendo admitirse que allí era completamente nula la autoridad del emir, como sucedía también en el centro del país, donde dominaba desde Calatrava hasta el territorio de Omar la aristocracia árabe, acaudillada por Sauvar, mas hostil al emir que el mismo Omar. Así es que á excepción de algunos pequeños territorios, por ejemplo al rededor de Algeciras, que conservaban á las órdenes del emir algunos comandantes fieles, no quedó á Abdallah en realidad mas que Córdoba y sus comarcas inmediatas; todo el resto del imperio estaba dividido en innumerables principados pequeños y algunas repúblicas. El día en que se formara de este caos de pequeños Estados una potencia con condiciones de vida y estabilidad, quedaba sellada la ruina de la dinastía omniada; pero la suerte de ésta fué que sus adversarios se hacían la guerra entre sí: los berberiscos de Mérida estaban en continua lucha con Ibn Merwan de Badajoz; y Sevilla, desde que estaba en poder de árabes, que no le dejaban reposo. Estos y los españoles renegados de Elvira, los vecinos mas peligrosos de Córdoba, se inutilizaron mutuamente, porque en 277 (2), poco despues de haberse hecho la paz por mediación del emir, estalló la guerra de nuevo. Contra todo lo que era de creer, fueron derrotados los árabes por los españoles desesperados y hubieron de encerrarse en el castillo de la Alhambra (3) de Granada, donde quedaron cercados por los vencedores. Los renegados estaban seguros del triunfo final, cuando Sauvar con una estratagema atrevida de guerra dió un nuevo giro á la situación; los renegados perdieron la batalla decisiva, y perseguidos sin descanso quedó el resto de su ejército poco menos que aniqui-

(1) Del árabe *El-Garb*, el Oeste, de cuyo radical se deriva también *El-Magreb*.

(2) Los cronistas no mencionan el año, que en mi opinión resulta ser éste, atendida la marcha de los sucesos.

(3) En árabe *El-hamra*, «el castillo bermejo». La derivación del nombre de *Benu'l-Ahmar*, nombre del último rey de Granada, es errónea, pues que el castillo y su nombre existían ya en el siglo III (el IX de nuestra era).

lado completamente. Llamaron á su socorro á Omar Ibn Hafson, pero la fortuna le abandonó esta vez, pues Sauvar le descalabró en un encuentro y le obligó á pronunciarse en retirada, costando trabajo á un jefe suyo el sostenerse en Elvira contra los árabes. Sensible fué el fracaso; pero Omar encontró una ocasión de resarcirse por otro lado. Hacia tiempo que había quedado roto el convenio de paz que había hecho con el emir, no por culpa suya, sino por la de sus aliados, que no quisieron avenirse á no hacer ya la guerra á los enemigos del país; pero las hostilidades no habían conducido á ningun suceso importante, hasta que, aunque tarde, se presentó la ocasión de vengar eficazmente á los mártires de Córdoba. Los cristianos de la capital, cuyos padecimientos habían ido en aumento, al ver decaer el poder del emir tomaron una resolución atrevidísima. Salieron armados de Córdoba, en el año 277 (890), y marcharon sobre Polei (Buley), hoy Aguilar, fortaleza situada á seis leguas al Sur; se apoderaron de ella y enviaron noticia del suceso á Omar, ofreciéndole al propio tiempo su amistad y alianza. Omar acababa de apoderarse de la ciudad no lejana de Baena y se dirigió sin demora á Polei, donde sus nuevos amigos y aliados le recibieron con gran júbilo. En seguida hizo fortificar la plaza con nuevas obras y estableció su cuartel general en Ecija, desde donde, lo mismo que desde Polei, no tenía mas que dos jornadas para presentarse delante de Córdoba. Para mayor fortuna, Sauvar, el único adversario que podía medirse con él, murió entonces en una celada que le habían preparado los de Elvira. Su sucesor elegido por los árabes, Said Ibn Schudi, era un modelo de caballeros de aquella época en España y de época posterior en otros países: valiente y arrojado hasta la temeridad, poeta notable, mimado de las mujeres; pero le faltaba la gravedad y perseverancia de su predecesor. Un trovador no podía imponer miedo á los españoles de Elvira ni á Omar, el cual hizo tranquilamente sus preparativos para conquistar á Córdoba y aniquilar á los omniadas.

Pero ocurrió esta vez lo que otras muchas en la historia: que lo que debía ser el fin de una calamidad, fué el principio de un nuevo giro dado á los sucesos; y como innumerables veces ha ocurrido sin que nadie escarmiente, el petulante menosprecio de la fuerza de un enemigo trocó el triunfo de Omar en fatal derrota y en comienzo de la decadencia de su poder. Había pasado el tiempo de la política de balancin que había reducido al dueño poderoso de media España á la posesión de Córdoba sin autoridad ni influencia fuera del radio de esta ciudad. Abdallah no podía desconocer esta situación ni dejar de comprender que había llegado el tiempo de defender su capital con las armas si no quería abdicar del todo. Reunió, pues, cuantas tropas pudo, que no eran muchas, porque no obstante la avaricia de su padre Mohammed estaba el tesoro exhausto; las continuas guerras habían costado dinero y hacia mucho tiempo que las provincias, declaradas independientes, nada daban al tesoro. La mayor parte del ejército movilizado se componía de soldados voluntarios, que se reunieron en número de 10,000, á los cuales se agregaron cuatro mil soldados viejos; y estos 14,000 hombres tenían que hacer frente á los 30,000 guerreros de Omar, llenos de entusiasmo y seguros de la victoria.

Omar Ibn Hafson se veía ya emir de España y había entrado en negociaciones con el aglabita Ibrahim II en Africa, prometiéndole reconocer por soberano al califa abasida si éste le nombraba y confirmaba lugarteniente suyo en España; lo cual el otro prometió hacer tan pronto como Omar hubiese entrado vencedor en Córdoba. De esto no dudaban ni por un momento ni Omar ni su gente. Mas en la batalla

que se libró á principios del año 278 (abril 891) (1) delante de Polei, el ala izquierda de los cordobeses alcanzó, contra lo que se esperaba, alguna ventaja sobre el ala derecha de Omar; y como suele suceder, cuanto mayor había sido la petulancia, tanto mas grande fué el desaliento al primer revés. Omar, á pesar de los esfuerzos y el valor de algunos de sus campeones, no pudo reanimar á sus desalentadas tropas; la batalla quedó perdida y con ella la plaza de Polei, cuyos habitantes cristianos pagaron su arrojo con la vida. Seguidamente tuvieron que rendirse al vencedor Ecija, Archidona y despues Elvira, cuyos habitantes, asediados constantemente por los árabes acaudillados por Ibn Schudi prefirieron entregarse al emir, á quien finalmente abrió también Jaen sus puertas. Eran todas estas ciudades y comarcas vecinas de Córdoba, pero no dejaba de ser su conquista un gran adelanto para el emir, aunque no debido á su valor, porque durante la citada batalla se había tenido muy prudentemente detrás de las filas diciendo con mucha unción religiosa que si otros ponían su confianza en el número de sus soldados y de sus armas, él solo confiaba en Dios único y eterno. Con tan laudable y piadosa idea contentóse también con las conquistas que despues de la retirada del enemigo pudo hacer sin grandes esfuerzos, y concedió la paz que el infatigable Omar solicitó, por supuesto solo con el propósito de ganar tiempo para rehacer sus fuerzas. Tanto por este motivo como por dificultades que surgieron en el cumplimiento del convenio de paz no tardó en estallar de nuevo la guerra; y como Abdallah no pensaba atacar á Omar en sus madrigueras, fué Omar el que atacó al emir. Reconquistó en el año 279 (892) á Archidona y Elvira, y derrotó á los árabes de Ibn Schudi, derrota que la ligereza de este valiente jefe trasformó en un desastre inmenso para los individuos de su tribu establecidos en el país de Granada, donde los renegados los mataron en número de muchos miles. Desde entonces el elemento árabe jamás volvió á adquirir allí la posición dominante que antes había tenido, hasta que un singular capricho del destino produjo al cabo de siglos en los mismos lugares una dinastía célebre. A pesar de esta victoria, que redujo á los árabes á la impotencia, los cronistas no mencionan ninguna nueva conquista de los renegados, y es que por aquel tiempo se había enfriado mucho su entusiasmo por la causa nacional en diferentes comarcas. Elvira se rindió sin dificultad á Motarrif, hijo de Abdallah, cuando éste se presentó el año 280 (893) á la cabeza de un ejército delante de la ciudad, si bien es menester considerar que aquellos habitantes, libres ya del terror árabe desde la victoria de Omar sobre Ibn Schudi, no tenían ningun interés directo en la suerte de su libertador, ni sentían por éste el entusiasmo de los habitantes de la Serranía. Singular es de todos modos que Omar dejara pasar tanto tiempo sin lanzarse á nuevas empresas contra el emir y le diera así ocasión de acrecentar sus fuerzas, proporcionando á sus soldados abundante botín y á su tesoro recursos con expediciones siempre mas dilatadas. En el año 284 (897) volvemos á encontrar á Omar en campaña tomando la ofensiva; ocupó de nuevo á Ecija con los españoles mahometanos, amenazando así otra vez á Córdoba. Los esfuerzos de Motarrif para someter á los yemenitas de Sevilla á su padre el emir no dieron mas resultado que complicar despues de varias peripecias la situación con un nuevo peligro, la alianza de estos yemenitas con Omar Ibn Hafson.

Es de suponer que Omar, no obstante sus triunfos notables, se había convencido de que al fin le sería imposible

(1) Probablemente el 16, segun Dozy. Ibn Adhari dice que Abdallah salió el 15 de mayo con su ejército de Córdoba.

con sus españoles mahometanos de la serranía acabar con el gobierno de Abdallah, y que con este convencimiento se había decidido á aliarse con otros enemigos del emir. En 285 (898) entró á este fin en negociaciones con los Benu Kasi de Aragón; pero la muerte de Mohammed Ibn Lope (2), jefe entonces de esta familia todavía poderosa, muerte ocurrida en aquel mismo año en la guerra contra Ancar de Zaragoza, hizo fracasar el proyecto, porque el hijo de Lope, llamado también Lope, viéndose demasiado acorralado entre el tudschibida de Zaragoza y los monarcas cristianos de Barcelona, Navarra y Asturias, hizo la paz con el emir y guerreo desde entonces contra los cristianos. Quizás en el mismo tiempo ó algo despues entabló Omar también relaciones con el rey de Asturias Alfonso el Grande, que además del interés general de ver debilitado el poder mahometano central de Córdoba, tenía otro motivo de alianza con el dueño de la Serranía, porque éste, cediendo despues de muchas vacilaciones á su inclinación interior ya antigua, había ingresado con las personas que le rodeaban en la comunidad cristiana. Este paso, que atendida la situación política solo puede atribuirse á un impulso religioso de convicción interior irresistible, aproximaba á Omar á los monarcas cristianos del Norte de España; mas á pesar de esto Alfonso no hizo nada serio en favor de sus nuevos correligionarios, si bien hay que tener presente que este monarca luchaba con muchas dificultades interiores en la segunda mitad de su reinado y que entre el reino de Asturias y el de Córdoba estaban los territorios de los turbulentos berberiscos. Estos cabalmente entonces, en 288 (901), se preparaban para una nueva «guerra santa» contra los asturianos, acaudillados por un nuevo mahdí, que por una extraña casualidad era también un príncipe omniada llamado Ahmed-ben-Moawiya. Las tropas del mahdí sufrieron una derrota sangrienta cerca de Zamora; pero el solo hecho de que los mahometanos pudieran emprender todavía estas campañas ofensivas y enérgicas prueba que Alfonso no podía pensar en penetrar en el interior del imperio mahometano para auxiliar á Omar y á los suyos. Mas factible hubiera sido todavía un ataque á Córdoba pasando por Toledo, que hallándose bajo la protección de Alfonso podía pasar hasta cierto punto por una avanzada de la España cristiana contra la mahometana; pero las relaciones entre la república y su protector no eran, segun parece, á la sazón muy buenas, á juzgar por las expediciones que segun noticias de origen cristiano emprendió mas adelante Alfonso por el territorio toledano. De todos modos Alfonso habría podido penetrar por este lado tan al Sur como hubiese sido menester para auxiliar á Omar con una diversion. Al mismo tiempo que Omar no podía esperar nada por este lado, por otro no tardó en comprender que su conversión al cristianismo, por mucho que le honrase como acto franco y varonil de hombre que sigue su convicción, había sido un grave error político. Ni una mayoría ni mucho menos la totalidad de los españoles mahometanos llevaban su odio á los árabes y al dominio de los emires omniadas hasta cambiar de religion, porque la inmensa mayoría era sinceramente mahometana y muchas familias lo eran desde algunas generaciones. Podían estar y estaban acostumbrados á guerras intestinas, en que luchaban mahometanos contra mahometanos, pero su conciencia de ningun modo les permitía hacer la guerra á sus correligionarios á favor de un infiel, y mucho menos á favor de uno que había cometido el crimen atroz de apostar, que la ley mahometana castiga con la muerte. El resul-

(2) Los españoles mahometanos usaban á menudo nombres españoles, á veces ligeramente modificados, como Lope, Leon, Pascual, que arabizados se pronunciaban *Lol*, *Loyon* y *Baskual*, etc.



tado fué que un gran número de gente, y por cierto no la de menos valía, abandonó al mal aconsejado jefe; el descontento y el enfriamiento se apoderaron de los demás, y aquellos que inclinados al cristianismo se habían convertido no eran en bastante número para compensar las fuerzas materiales y morales perdidas. De la situación crítica en que estaba Omar, ó sea Samuel, como se llamaba después de haberse bautizado, le sacó en el año 287 (900) ofreciéndole su alianza el jefe de la tribu yemenita de los Benu-hadschasch, Ibrahim, que poco antes, en 286 (899), se había hecho señor y soberano único de Sevilla y su territorio. Este yemenita, como casi todos los magnates árabes, no era muy escrupuloso ni sentimental en materia de religión, y no le repugnaba luchar en unión de Ibn Hafson, condenado al infierno, contra el enemigo común de Córdoba. Con esta alianza creyó Omar restablecer algún tanto su crédito á los ojos de los mahometanos, además del auxilio en hombres y dinero que le aseguraba. Hecho el convenio, Omar volvió á presentarse con su gente, reforzada con tropa sevillana, en actitud amenazadora en frente del emir, el cual, dominado por la fuerza de las circunstancias y por su debilidad de carácter, que le impedía toda resolución heroica, se allanó á hacer la paz, que se pactó en el año 288 (901). Al año siguiente volvieron las dos partes á las hostilidades. Al principio marcharon los sucesos mal para el emir, pero las circunstancias se mostraron como tantas otras veces mas poderosas que la voluntad de los hombres. La unión entre los españoles de Omar y los árabes yemenitas no era natural, porque los habitantes de la serranía se habían levantado cabalmente con el propósito de arrojar á los árabes de su país, la España, y árabes por árabes eran preferibles los omniadas á los yemenitas, que tan grande matanza habían hecho entre los españoles mahometanos de Sevilla. Por otra parte, repugnaba á los guerreros de Ibn Hadschasch combatir á las órdenes de un español mahometano apóstata. Este antagonismo explica el descalabro que sufrieron los aliados en aquel mismo año cerca de Estepa y que salvó por lo pronto á Córdoba de sus ataques; pero lo peor fué que Ibrahim se decidió á romper la alianza. Uno de sus hijos había caído en poder de los cordobeses, y por consejo de Bedr, uno de los jefes mas respetados, no se le había muerto, é Ibrahim para rescatarle consintió en retirar á los cristianos su auxilio y hacer las paces con el emir, que en cambio accedió á reconocer á Ibrahim en clase de vasallo tributario el dominio hereditario de Sevilla y Carmona y de sus territorios. Este golpe produjo al emir la ventaja de que todos los pequeños señores que tenían sus territorios entre Algeciras y Niebla se vieran en adelante expuestos á la acción directa de Córdoba y tuvieran que pagar desde entonces otra vez los impuestos correspondientes. El emir, con los crecientes ingresos pudo aumentar su fuerza armada; y por otro lado le había desembarazado de los árabes de Jaen y Elvira su enemigo Omar Ibn Hafson con la terrible derrota del año 279 (892), á consecuencia de la cual había desaparecido también entre ellos la unión que hasta entonces habían conservado. Su jefe Said Ibn Schudi, un Don Juan Tenorio del siglo IX, pereció víctima de la venganza de otro jefe á cuya esposa había seducido. Desde entonces esta aristocracia árabe, antes tan poderosa, malgastó su fuerza en guerras intestinas sin objeto é interminables, que no le permitían influir en los destinos del país, y nada dicen ya las crónicas de tentativa alguna de estos magnates para tomar parte en las luchas principales. No quedaban mas enemigos al emir que Omar Ibn Hafson y sus partidarios. Elvira estaba sometida á la autoridad de Córdoba desde el año 280 (893); en 290 (903) las tropas de Abdallah reconquistaron á Jaen y derrotaron á Omar cerca de esta ciudad; y en 294 (907)

sometieron á Archidona, que quedó tributaria del gobierno central. La reconquista marchaba según se vé con lentitud, porque el carácter siniestro de Abdallah y su política ultracautelosa y de acecho no permitían golpes rápidos, decisivos y capitales. La guerra civil continuaba en el año 300 (912) después de haber durado ya 34 años; solo que del estado agudo había pasado al crónico, pudiendo exacerbarla cualquier suceso imprevisto, un cambio de personas ó de actitud como por ejemplo la de Sevilla. En esta situación murió en el mes de Safar del citado año (octubre de 912) el emir Abdallah.

Este monarca, el mas repugnante de los omniadas de España, tuvo en cierto modo una semejanza singular con un monarca mahometano oriental de época muy posterior, muy diferente en todo lo demás de Abdallah, á saber, Abbas el Grande. Como éste hizo matar por puro recelo á sus propios hijos, Mohammed y Motarrif, al uno respectivamente en 277 (891) y al otro en 282 (895), teniendo uno y otro cabalmente 27 años; y como Abbas quiso Abdallah acallar sus remordimientos mimando al hijo de uno de los difuntos y nombrándole sucesor suyo en perjuicio de los de mayor derecho. Así lo hizo Abdallah con Abderraman, que nació el 23 de Ramadan de 277 (7 ú 8 de enero de 891) (1), tres semanas antes de morir su padre Mohammed, víctima del recelo de su abuelo. Abdallah hizo reconocer y proclamar por sucesor á su nieto; pero la elección que hizo Abdallah resultó mas beneficiosa para la España mahometana que la de Abbas para la infortunada Persia.

Abderraman al subir al trono tenía escasamente veintidos años, y el hecho de no haberse levantado ningún pretendiente entre los muchos omniadas para disputar el mando es ya una prueba de la confianza que se había granjeado desde muy temprano, confianza que después quedó plenamente justificada. La transición de un reinado al otro fué como la de las tinieblas de la noche al radiante día; al déspota devoto pero hipócrita, alevoso y cobarde, que no retrocedía ante crimen alguno, sucedió un joven noble que en astucia y ardides no cedía á su abuelo, pero que se parecía á Abderraman I en arrojo, energía, sagacidad penetrante y constancia en sus empresas; y lo que hace mas simpática su brillante figura es que estuvo libre de las manchas que empañan la memoria del fundador de la dinastía omniada en España. Los grandes monarcas orientales no nos hacen ni pueden hacernos la impresión que nos causan figuras eminentes como un Carlomagno ó un Federico Barbaroja, y por lo mismo nos es difícil hacerles justicia como supo hacerla Walter Scott, el poeta dotado de finísimo tacto histórico, en la célebre escena de su *Talisman* (2). En ella pinta con mucho mas acierto que Lessing al sultán Saladino comparado con Ricardo Corazón de León. El rey de Inglaterra acaba de dar á su gran adversario una prueba de su fuerza corporal cortando con un tremendo golpe de su ancha espada una barra de hierro; cuando el sultán, teniendo horizontalmente filo arriba su sable de hoja de Damasco, estrecha y afilada, cubre la hoja con un ligero velo y la tira hácia un lado con tanta rapidez y habilidad que el velo queda cortado en dos mitades. Quiere decir esta fábula que en el caudillo

(1) Dozy dice en su *Histoire*, II, pág. 320, nota 3, y en su introducción á *Ibn Adhari*, pág. 50, que Abderraman nació el 14 de enero, fecha que tampoco modifica en su obra: *Corrections sur les textes du Bayan' l-Mogrib*, etc. (Leiden, 1883, pág. 2), si bien da allí la fecha mahometana con mas exactitud. Según *L'Art de vérifier les dates* y según las tablas de Wüstenfeld, el año 277 empezó el 25 de abril de 890 de nuestra Era, en un jueves, y el 22 de Ramadan cayó en 7 de enero de 891; de modo que debe de haber padecido aquí Dozy un pequeño error, porque debió nacer Abderraman el 7 de enero.

(2) *The Talisman*, capítulo XXVII.

oriental mas valiente hay siempre mas habilidad, destreza y astucia de las que estamos habituados á buscar en nuestros héroes europeos; y en efecto, los triunfos que logró Abderraman fueron debidos casi tanto á su sutil y hábil política como á su valor é impavidez en las batallas, sin que esto perjudicase á la grandeza de aquel monarca, que sin valerse de medios innobles y sin ningún impulso brutal ni cruel, procediendo con energía y franqueza supo vencer todos los obstáculos y formar de una confusa multitud de Estados pequeños un imperio grande y floreciente. Si desde entonces ocupó España durante casi un siglo, tanto por el bienestar material como por la adelantada civilización de sus habitantes, el primer puesto entre las naciones mas cultas, lo debió única y exclusivamente á Abderraman III.

Con razón y con tanto derecho como Saladino, si bien en otro concepto, tomó después, á ejemplo de los califas de Oriente, el sobrenombre de *En-Nasir*, que quiere decir «el Salvador.» Durante su reinado de casi medio siglo de duración, desde el año 300 (912) hasta 350 (961), restableció la fama de las armas mahometanas, que desde la derrota de Zamora estaba al parecer perdida para siempre; y sin embargo, no era tan grande el mal que la España mahometana estaba expuesta á sufrir de parte de los cristianos, como la anarquía que durante mas de un cuarto de siglo había destruido el país hasta que ocurrió el advenimiento de Abderraman, el Salvador. No hay necesidad de describir el caos que encontró, después de lo que ya hemos apuntado; pero lo que debemos notar todavía es el salvajismo, la ferocidad, el pillaje y la crueldad, propiedades antes solo de los berberiscos y que en el curso de las interminables guerras se generalizaron entre los árabes y finalmente entre los españoles, antes tan alabados por su humanidad. A medida que los españoles mahometanos de Omar Ibn Hafson se convencieron de la imposibilidad de llegar á la elevada meta que su jefe se había propuesto, desapareció también su entusiasmo patriótico y en cambio ganaron terreno las pasiones bajas, que se desencadenan siempre en las guerras prolongadas. Cuanto menores fueron desde la anulación de la alianza con el jefe de Sevilla los golpes que podía dar el héroe popular é impertérrito, mas degeneraron las guerrillas que siguieron á las guerras en expediciones de pillaje, y los dueños de los castillos fuertes, que habían contribuido á formar el núcleo del partido nacional cristiano, en jefes de bandas merodeadoras. Entre estos caballeros aventureros y su gente por una parte y las tropas del emir por otra, que habían sido ejercitadas y adiestradas poco menos que adrede en el saqueo y la devastación de las comarcas enemigas, debía arruinarse y perecer irremisiblemente la población pacífica si no se operaba pronto un milagro. No es, pues, extraño que fuera de Omar y sus partidarios los españoles mahometanos de la serranía que se habían convertido al cristianismo, y fuera de los dueños de castillos y otros partidarios que no eran de la serranía, todo el país anhelase la paz. A esto se agregaba que el fanatismo cristiano se fué apoderando cada día mas del alma de los que rodeaban á Omar, exacerbado probablemente por el resultado negativo de tantos años de guerra, y fué alejando del antiguo partido nacional á todos los patriotas que continuaron fieles á su religión mahometana, destruyendo así la esperanza, no ya de arrojar la población árabe al África, sino hasta de conservar la independencia propia. Con la muerte de Abdallah desaparecieron también para Omar y los suyos las ventajas que habían sacado de la debilidad de este monarca abominable y del odio que todo el mundo le tenía.

Disfrutando Abderraman III ya antes de su subida al trono de la estimación general, se conquistó el respeto y la

simpatía de cuantos anhelaban el restablecimiento de la paz y del orden con sus primeros actos de soberano. Sin temor proclamó su resolución inflexible de no tolerar ninguna desobediencia bajo cualquiera forma que se manifestase. Sumisión ó guerra fué el programa del nuevo reinado; perdón y amistad á todos los que se sometieran voluntariamente, y guerra inflexible á los que resistieran; nada de convenios cobardes ni hipócritas, nada de vacilaciones ni de diplomacia vergonzante y rastrera. Las ciudades de la cuenca del Guadalquivir que mas habían padecido por obra de los sublevados, ó por la de las tropas del gobierno, no deseaban en su mayoría mas que vivir bajo la protección de un monarca digno de serlo. Así, á los dos meses de haber empuñado Abderraman el cetro se entregó Ecija á Bedr, que había ascendido á ministro principal ó visir del nuevo emir; y éste, poniéndose poco después á la cabeza de su ejército, se posesionó en tres meses escasos de las provincias de Jaen y Elvira, á excepción de algún punto aislado. La decisión, firmeza, seguridad y rapidez con que procedió el joven emir desde el primer día, impuso tanto á los dueños de castillos y de otras plazas fuertes, que Abderraman solo en algunos puntos encontró resistencia y aun ésta no fué prolongada en ninguna parte, y ya por capitulación ó por entrega voluntaria, ya por asalto, cayeron una tras otra en manos del emir hasta las plazas mas inaccesibles, ayudando mucho en estos casos al resultado la creciente desunión entre los cristianos y mahometanos. Las poblaciones de todas estas plazas fueron tratadas con extraordinaria blandura; en un solo caso, después de un sitio algo prolongado, la tenacidad de su defensa costó la vida á los cristianos, que habían sido abandonados en el último período del sitio por sus compañeros mahometanos. Estaba visto: el plan de Abderraman era no solamente vencer y someter á sus enemigos, sino también reconciliarlos con su autoridad de soberano. Al rigor unía la justicia y la bondad.

Luego conoció Omar que en Abderraman le había salido un adversario temible, y se dió prisa á hacer frente al peligro que le amenazaba; pero sus tentativas para organizar una sublevación en Archidona y para recobrar á Elvira no tuvieron éxito. La sagacidad de Abderraman, su decisión y la ejecución rápida de lo que había decidido le aseguraban desde luego el triunfo; y á medida que con los felices resultados de sus empresas se aumentaron sus recursos, menguó rápidamente el poder del rebelde Omar Ibn Hafson, el cual desde bastante tiempo se veía ya en la necesidad de llenar los claros de sus filas con berberiscos mercenarios de Tánger que poco se cuidaban de alcanzar victorias para su amo con tal que éste los pagara puntualmente. Menos utilidad sacó Omar de las negociaciones que entabló con el fatimita Obeidallah, el Mahdi, que entretanto había subido al poder en Africa (1) y al cual ofreció pleito homenaje. El mahdi no podía prestarle ningún auxilio material porque bastante quehacer tenía, según hemos dicho en la primera parte, con la consolidación de su dinastía, que no le permitía desprenderse de fuerzas. Estos fracasos y desengaños no desanimaron á Omar Ibn Hafson, el cual continuó impertérrito y perseverante la lucha; y como no había que pensar en obtener ventaja alguna del lado de Jaen y de Elvira, donde todos los castillos y plazas fuertes tenían guarniciones de Abderraman,

(1) Dozy en su *Histoire*, II, pág. 324, dice que fué en el año 909 (296-297), pero no se encuentra en el pasaje de Ibn Khaldun (ed. Bukhār, IV, pág. 135) que cita. Es el mismo año en que Abdallah, el siita, libertó á Obeidallah de Sidschilmasa, donde estaba encerrado, y podrá ser que Omar se hubiese puesto en relación con aquel después de sus victorias sobre los aglabitas, pero nada nos asegura que lo hiciese antes del fin de año.